

TESTIMONIO

Retrato de un aventurero

“Estoy más orgulloso de mi vida que de mi obra.” Dicha tempranamente, a los 19 años, la frase pesó luego como una sentencia en la vida de Alfredo Guthmann (San Isidro, 1911-Mar del Plata, 1995). A esa edad ya estaba en París; muerto su padre, su madre lo había llevado a Estrasburgo. Allí estudió y fue el bachiller más joven de Francia. Y la obra, esa obra que parecía accidental respecto de la vida, se escribió en francés. En el medio, volvió a la Argentina para seguir con la joyería, el negocio familiar. Luego vendrían viajes a Tahití, Samoa, Fiji, China, y el decisivo a la India. Lo compararon con el navegante solitario Alain Gerbault, a quien Guthmann conoció.

En París, hubo en cambio aventuras intelectuales; ante todo, la frecuentación de la escena surrealista, las conversaciones con André Breton y las visitas a Antonin Artaud en el asilo psiquiátrico. En una de las salidas del hospital, Artaud, preocupado por la inminencia del viaje a la India de Guthmann y sus posibles derivaciones, le dijo: “No se vaya a hacer monje, acuérdesse de que el sexo lo es todo”.

De vuelta en el Río de la Plata a principios de la década de 1940, organiza muestras de Joaquín Torres García y Pedro Figari, y traba amistad de Julio Cortázar. “Su exigente amistad alentó mis sentimientos de lo marginal [...]. En aquel entonces a Fredi le bastaba salir a la calle para descubrir piantados excepcionales [...] y cuando me vine a París supe que el maestro me había infundido un poco de su maná, porque llegar aquí y



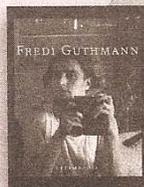
China en 1938, según Guthmann

hundirme de cabeza entre piantados fue todo uno”, escribe Cortázar en *La vuelta al día en ochenta mundos*. Después se sabría que su silueta espiritual modeló el personaje de Oliveira en *Rayuela*.

Tal vez Guthmann hizo honor al mandato familiar y fue también, a su modo, un joyero que, sin embargo, no exhibía nunca las piezas en ningún escaparate: una vez (solicitud de Breton), dos veces (pedido de Benjamin Fondane), y quizá muchas más rehusó la publicación. Cuando murió, era un inédito perfecto. Sus poemas estaban guardados en una valijita de Air France. Hacia 1997, uno de sus amigos más cercanos, el poeta Rafael Oteriño, hizo publicar *La respiración bailada*; poco después, Valeria Joubert y Ricardo Ibarlucía seleccionaron y tradujeron otros poemas para la revista *Diario de Poesía*. Este libro, preparado por Natacha Guthmann, su mujer, hace justicia al artista: recupera varios de sus poemas en traducción de Arturo Carrera, incluye cartas, testimonios y muchas de las bellísimas fotografías que tomó en sus viajes. Quedaría pendiente una comparación entre el realismo de las imágenes y ciertos trazos surrealistas de los versos, como si Guthmann hubiera entendido que el surrealismo era una saturación de realidad. En ambos casos, es evidente la voluntad propiciatoria. Anota Natacha: “No buscaba aventuras; las provocaba”.

Pablo Gianera

© LA NACION



FREDI GUTHMANN

POR NATACHA GUTHMANN

LETEMENDIA
TRAD.: ARTURO CARRERA Y SILVIO MATTONI

192 PÁGINAS

\$ 250